



LA PELICULA QUE POPULARIZO SU NOMBRE

sos regularmente, trabaja con ahínco, demuestra que tiene talento y que puede llegar a ser un notable pintor. Luego, durante el verano, disfruta otra vez de su compañía. Pero este plácido panorama cambia poco después. Adèle sabe que su hijo bebe; que gasta el dinero que su padre le envía de mala gana, en convidar a un grupo de amigos extravagantes que le rodea constantemente —boxeadores en decadencia, bailarinas de can-can, artistas de circo—; que su salud y su razón se debilitan de forma alarmante.

La familia se escandaliza. Es necesario, dice, obligar a Henri a abandonar la inícuca vida que lleva. Y la manera mejor para lograrlo es suprimirle los envíos de dinero. Sólo Adèle, la madre, está de su parte. Sabe que hacerle abandonar el ambiente donde encuentra inspiración para su trabajo, sería añadir una crueldad más a la larga serie de crueldades que lo han golpeado desde niño. Callada, sin un reproche, viene a instalarse junto a él en París. Aprende a recibir sin extrañeza a la corte de personajes absurdos que llaman a su hijo, respetuosamente, «Monsieur Henri». Se esfuerza por adaptarse a un mundo distinto, desconocido para ella. Todo lo hace por amor al hijo, al que mantiene por sus propios medios y cuida con abnegación conmovedora cada vez que el alcohol lo derriba como a un pelele. Ella lo comprende. Sabe que Henri trata de olvidar así su desgracia, la imposibilidad de encontrar una mujer que le quiera y le acompañe.

Y en una heroica multiplicidad de ternuras, es ayuda y consuelo, comprensión inagotable, solicitud constante.

Desgraciadamente, la vida de Henri

llega a su etapa definitiva y última. Los ataques de delirium tremens se suceden cada vez más intensos. Es necesario internarle en una clínica de desintoxicación de la que él, apenas repuesto, suplica que le saquen. Adèle lucha con todas sus fuerzas para convencerle de que allí está su única posibilidad de salvación. Mientras le pasea por el jardín de la clínica en un carrito de ruedas, como cuando era un niño, trata de llevar a su ánimo la serenidad suficiente para aceptar el encierro que le beneficia. Intento in-

útil. Henri redobla sus súplicas. Allí es incapaz de pintar, de tomar siquiera un lápiz. Fuera, en su casa, entre sus amigos, puede volver a crear, a sentirse vivir.

Adèle, como siempre que se trata de la felicidad de su hijo, cede. Poco después, un nuevo ataque acaba con la existencia del conde Henri de Toulouse Lautrec, hombre desdichado, dibujante genial. Su madre, le sumisa, la valiente Adèle, tuvo que sumar a todos sus dolores uno más, el peor de todos: el de sobrevivirle.

THE CHAP BOOK. 1896



LAS SUEGRAS TAMBIEN SON MAMAS

EN nuestro pasado número dedicamos varias de estas páginas de «La mujer, a las madres. Demás está decir que, al hablar de ellas, pensamos también en las madres políticas. Las suegras: cantera tradicional de bromas y chistes que, por fortuna, carecen cada vez más de fundamento. La clásica suegra malencarada, cominera, liosa, terror de yernos y nueras, está en camino de extinguirse.

Es de suponer que a la mayoría de ellas les haya ocurrido lo que a aquella señora, madre de dos hijos y de una hija casados, que era la admiración de la ciudad de provincias donde vivía porque sus hijos políticos se desahucian en alabanzas cada vez que la mencionaban.

¿Cuál era su secreto? Nos lo confió, muy divertida, cuando la hicimos partícipes de nuestro asombro.

—Muy sencillo—dijo—. Cuando mi primer hijo se casó, sentí esos instintivos celos que toda madre, supongo, ha de sentir en tales casos. En seguida comprendí que, si les daba alas, su vida y la mía iban a convertirse en un infierno. Así que reflexioné largamente sobre el asunto y luego escribí cinco «mandamientos» que me propuse cumplir siempre, para lo que pasara.

Y agregó, levantándose de su sillón y yendo hacia un mueble cercano:

—Creo que por aquí los tengo todavía...

De un cajón sacó una hoja amarillenta, que empezaba a romperse por los bordes. En ella estaba escrito:

En los asuntos del matrimonio
[no te inmiscuirás.
A tu nuera o yerno no criticarás.
Como a hijos propios los que-
rrás.
Visitas intempestivas no harás.
Sin que te lo pidan, no aconsejarás.]

Esse era su simple, su importante secreto. La razón de que en este día, en que festejamos a todas las madres, reciba tantos regalos de sus hijos políticos como de los suyos propios.

A usted, mamá política, suegra querida y respetada, le deseamos lo mismo.